

Ultimo beso

---

Francis Scott Fitzgerald

*Ultimo beso guarda estrecha relación con El último magnate; Pamela Knighton y Kathleen Moore se basaban en la amiga de Fitzgerald, Sheilah Graham. Cosmopolitan rechazó el cuento en 1940: «...no podemos añadirlo a nuestro abultado fondo de cuentos». Fitzgerald cambió el título por el de Escarcha plata y rosa y puede que lo enviara a otras revistas bajo el seudónimo de John Darcy. Luego retiraría el cuento y lo aprovecharía para El último magnate, anotando en el manuscrito: «Horrible, salvo el final. Para romperlo».*

*Collier (16 de abril de 1949) lo publicaría postumamente con el título de Ultimo beso. Mereció la bonificación de mil dólares otorgada al mejor cuento del número. Pero Collier no publicó la versión definitiva. El texto que aquí aparece por primera vez es la última versión que revisó Fitzgerald.*

I.

Era una sensación agradabilísima estar en la cima. Tenías la certeza de que todo era perfecto, de que las luces brillaban sobre bellas damas y

hombres valientes, de que los pianos nunca desafinaban y de que los labios jóvenes cantaban para corazones felices. Todos aquellos rostros hermosos, por ejemplo, debían ser absolutamente felices.

Y entonces, al son de una rumba crepuscular, un rostro que no era suficientemente feliz pasó ante la mesa de Jim. Ya había pasado cuando Jim llegó a semejante conclusión, pero permaneció en su retina unos segundos más. Era la cara de una chica casi tan alta como él, de ojos opacos y castaños y mejillas tan delicadas como una taza de porcelana china.

—Ya ves —dijo la mujer que lo había acompañado a la fiesta, siguiendo su mirada y suspirando—. Yo lo llevo intentando años, y a otras sólo les cuesta un segundo.

Jim se quedó con la gana de responder: «Pero tú tuviste tu momento, tres maridos. ¿Qué me dices de mí? Treinta y cinco años y todavía sigo comparando a todas las mujeres con un amor perdido de la adolescencia, buscando

todavía en cada chica las semejanzas y no las diferencias».

Cuando las luces volvieron a diluirse deambuló entre las mesas para salir al vestíbulo. Los amigos lo llamaban desde todas partes, más numerosos que nunca, porque la noticia de su contrato como productor la había publicado el *Hollywood Reporter* aquella mañana, pero Jim ya había escalado posiciones otras veces, y estaba acostumbrado. Era un baile benéfico y en la barra, preparado para su actuación, había un hombre con un traje hecho con papel pintado, y Bob Bordley, vestido de hombre anuncio, con un cartel que decía:

ESTA NOCHE A LAS DIEZ  
EN EL ESTADIO DE HOLLYWOOD  
SONJA HEINE PATINARÁ  
SOBRE SOPA CALIENTE

A su lado Jim vio al productor al que le quitaría el puesto al día siguiente, bebiéndose sin

ningún tipo de suspicacia una copa con el agente que había contribuido a su ruina. Y con el agente estaba la chica cuya cara le había parecido triste mientras bailaba la rumba.

—Ah, Jim —dijo el agente—, Pamela Knighton, tu futura estrella.

La chica lo miró llena de ilusión profesional. Lo que el agente le había dicho era: «Atención. Este es alguien».

—Pamela se ha unido a mi cuadra —dijo el agente—. Quiero que cambie su nombre por el de Boots.

—Creía que habías dicho Toots —rió la chica.

—Toots o Boots. Es por el sonido de la doble o: el sonido doble o. Se te queda. Pamela es inglesa. Su verdadero nombre es Sybil Higgins.

Jim se dio cuenta de que el productor destituido lo miraba con algo infinito en la mirada. No era odio, no era envidia, sino un asombro profundo que parecía preguntar: «¿Por qué? ¿Por qué? Por Dios bendito, ¿por qué?». Más

preocupado por aquella mirada que por su enemistad, Jim se sorprendió a sí mismo invitando a bailar a la chica inglesa. Y cuando se miraron en la pista de baile se sintió exultante.

—Hollywood está bien —dijo, como para anticiparse a alguna crítica—. Le gustará. A la mayoría de las chicas inglesas les gusta: no esperan demasiado. He tenido suerte al trabajar con inglesas.

—¿Es usted director?

—He hecho de todo... desde agente de prensa en adelante. Acabo de firmar un contrato para trabajar como productor a partir de mañana.

—Me gusta esto —dijo la chica al cabo de unos segundos—. Siempre se tienen esperanzas. Y si no se cumplen, siempre podré volver a dar clases en el colegio.

Jim se apartó un poco para mirarla: la impresión era de escarcha rosa y plata. Se parecía tan poco a una maestra de escuela, a una maestra de escuela del Oeste, que se echó a reír. Y

otra vez notó que había algo triste y un poco perdido en el triángulo que formaban sus labios y sus ojos.

—¿Con quién ha venido? —preguntó Jim.

—Con Joe Becker —era el nombre del agente—. He venido con otras tres chicas.

—Tengo que salir media hora. Tengo que ver a alguien... No me lo estoy inventado. Créame. ¿Quiere acompañarme y tomar un poco el aire?

Ella asintió.

Camino de la puerta pasaron junto a la mujer que lo había acompañado a la fiesta: dedicó una mirada inescrutable a la chica y a Jim un gesto apenas perceptible con la cabeza. Fuera, en la noche clara de California, Jim apreció por primera vez su gran coche nuevo: le gustaba más que el hecho de usarlo. Las calles por las que pasaban estaban tranquilas a aquella hora y la limusina se deslizaba silenciosamente a través de la oscuridad. La señorita Knighton esperó a que Jim hablara.

—¿De qué daba clase en el colegio? —preguntó.

—Enseñaba a sumar. Dos y dos son cinco y todo eso.

—Es un buen salto, de la escuela a Hollywood.

—Es una larga historia.

—No puede ser muy larga: no debe de tener más de dieciocho años.

—Veinte. ¿Cree que soy demasiado mayor? —preguntó con ansiedad.

—¡No, por Dios! Es una edad estupenda. Yo lo sé: yo tengo veintiuno y la arterieesclerosis sólo está en sus comienzos.

Lo miró muy seria, calculando su edad, pero sin decirla.

—Me gustaría oír esa larga historia.

La chica suspiró.

—Bueno, todos los hombres mayores se enamoraban de mí. Mayores, muy mayores. Era la novia de un viejo.

—¿Vejestorios de veintidós años?

—Andaban entre los sesenta y los setenta. Es absolutamente cierto. Así que me convertí en una aventurera y los exprimí bien hasta que tuve el dinero suficiente para irme a Nueva York. El primer día, Joe Becker me vio en el Veintiuno.

—¿Así que nunca ha trabajado en el cine?

—Ah, sí; he hecho una prueba esta mañana. Jim sonrió.

—¿Y no le remuerde la conciencia por haberles sacado el dinero a todos esos viejos? —inquirió.

—Pues no —dijo, con sentido práctico—. Disfrutaban dándomelo. Y ni siquiera era dinero. Cuando querían hacerme un regalo, los mandaba a un joyero que yo conocía y luego yo devolvía el regalo y el joyero me daba las cuatro quintas partes de lo que valía.

—¡Vaya, es usted una pequeña estafadora!

—Sí —admitió muy tranquila—; me enseñó una amiga. Y estoy dispuesta a conseguir todo lo que pueda.

—¿Y no les importaba... a los viejos, me refiero... que no se pusiera las joyas que le regalaban?

—Ah, me las ponía... una vez. Los viejos no ven muy bien, o se les olvidan las cosas. Por eso no tengo ninguna joya —calló—. Creo que aquí las puedes alquilar.

Jim volvió a mirarla y se echó a reír.

—Yo no me preocuparía por eso. California está llena de viejos. Habían torcido hacia una zona residencial. Al doblar la esquina Jim le avisó al chófer.

—Pare aquí —se volvió hacia Pamela—: Tengo que solucionar un asunto feo.

Jim miró su reloj, se apeó del coche y atravesó la calle hacia un edificio con la placa de un consultorio médico. Dejó atrás la placa, despacio, y entonces un individuo salió del edificio y lo siguió. En la oscuridad, entre dos farolas, Jim se le acercó, le dio un sobre y le dijo algo. El hombre se alejó en dirección contraria y Jim volvió al coche. —Voy a cargarme a todos los

viejos —explicó—. Hay cosas peores que la muerte.

—Ah, pero ahora no estoy libre —le aseguró—. Tengo novio. —Ah... —y un momento después preguntó—: ¿Un inglés? —Claro, naturalmente. ¿No le parece que...? —se detuvo demasiado tarde.

—¿Que los americanos somos poco interesantes? —No, no... —su tono despreocupado lo empeoró. Y cuando sonrió, en el momento en que una luz voltaica la iluminó y envolvió su belleza en un fulgor blanco, resultó aún más impertinente—. Ahora cuéntemelo —dijo—. Cuénteme el misterio.

—Dinero —contestó Jim casi ausente—. Ese medicucho griego le ha dicho a cierta dama que tiene mal el apéndice... y nosotros la necesitamos para una película. Así que lo hemos comprado. Es la última vez que hago el trabajo sucio de otro. La chica frunció el entrecejo. —Pero ¿necesita que la operen de apendicitis? Jim se encogió de hombros.

—Probablemente no. Por lo menos esa rata no lo sabe. Es su cuñado y quiere el dinero.

Después de una larga pausa, Pamela sentenció: —Un inglés no haría eso.

—Algunos lo harían —respondió Jim lacónicamente—, y algunos americanos no.

—Un caballero inglés no lo haría.

—Me parece que está empezando con mal pie —sugirió Jim— si lo que quiere es trabajar aquí.

—Ah, los americanos me encantan, los civilizados. Por su manera de mirarlo, Jim dedujo que lo incluía en ese grupo, pero, lejos de tranquilizarlo, aquello le pareció un ultraje.

—Se la está jugando —dijo—. La verdad es que no sé cómo se ha atrevido a acompañarme. Podría llevar un penacho de plumas bajo el sombrero.

—No lleva sombrero —dijo la chica, muy tranquila—. Además, Joe Becker me lo dijo. Que a lo mejor conseguía algo.

Después de todo era productor, y jamás se llega a nada importante perdiendo la calma, salvo si es a propósito.

—Estoy seguro de que algo conseguirá —dijo, y mientras hablaba se daba cuenta de que un tono traidor y rastrero le cambiaba furtivamente la voz.

—¿De verdad? —preguntó la chica—. ¿Cree que destacaré, o sólo soy una del montón?

—Ya está destacando —continuó John en el mismo tono—. En el baile todo el mundo la miraba —se preguntaba si lo que estaba diciendo se acercaba a la verdad. ¿O era una invención suya que la chica era única?—. Usted es un nuevo tipo de mujer —continuó—. Una cara como la suya le daría a las películas americanas un... un aire más civilizado.

Había apuntado bien, pero para su inmensa sorpresa la flecha rebotó.

—¿Lo cree de verdad? —exclamó—. ¿Va a darme una oportunidad?

—Por supuesto —no podía creer que su ironía estuviera errando el blanco—. Pero, claro, después de esta noche tendré tantos competidores que...

—Ah, yo preferiría trabajar con usted —declaró—. Se lo diré a Joe Becker.

—No le diga nada —la interrumpió.

—Muy bien, no se lo diré. Haré lo que usted me diga.

Tenía los ojos muy abiertos, expectantes. Trastornado, Jim sentía que las palabras acudían a sus labios y se le escapaban sin querer. Cuánta inocencia y cuánto afán de rapiña podía cobijar aquella dulce voz inglesa.

—La desperdiciarían en papeles sin importancia —empezó a decir—. Se trata de conseguir un gran papel —se interrumpió y volvió a empezar—: Tiene usted una personalidad tan arrolladora que...

—¡No, por favor! —Jim vio un destello de lágrimas en la comisura de sus ojos—. Déjeme

que lo consulte con la almohada. Llámeme por la mañana, o cuando me necesite.

El coche se detuvo ante la larga alfombra roja que conducía a la fiesta. Al ver a Pamela, la multitud se arremolinó grotescamente bajo el chorro de luz deslumbradora de los focos. Tenían los cuadernos de autógrafos preparados, pero, incapaces de reconocerla, volvieron a suspirar tras el cordón de seguridad.

A través de la pista, bailando, Jim acompañó a la chica hasta la mesa de Becker.

—No diré una palabra —murmuró. Sacó del bolso una tarjeta con el nombre de un hotel escrito a lápiz—. Si me llegan otras ofertas las rechazaré.

—No, por favor —se apresuró a decir Jim.

—Por favor, sí —le dedicó una sonrisa luminosa y, durante algunos segundos, Jim revivió lo que había sentido al verla por primera vez. En aquel momento la cara de la chica daba una impresión de cálida simpatía, de juventud y sufrimiento a la vez. Se preparó para asestarle

una rápida cuchillada final que reventara la burbuja apenas inflada.

—Dentro de un año más o menos... — empezó. Pero la música y la voz de la chica lo acallaron.

—Esperaré su llamada. Usted es... Usted es el americano más civilizado que he conocido nunca.

Ella le dio la espalda como apurada por la magnificencia de aquel cumplido. Jim se dirigía a su mesa, pero, viendo que la mujer que lo había acompañado a la fiesta hablaba con alguien a través de su silla vacía, se desvió. La sala, la noche, le parecían de repente excesivamente ruidosas: la mezcla de música y voces era estridente, sin armonía, y cuando recorrió la sala con la mirada, sólo encontró envidias y odios, egos que redoblaban como tambores en una fanfarria. Y él, en contra de lo que había pensado, no estaba al margen de la batalla.

Iba hacia el guardarropa y pensaba en la nota que le mandaría con un camarero a su acom-

pañante: «Estabas bailando, así que yo...». Entonces se dio cuenta de que estaba muy cerca de la mesa de Pamela Knighton y, desviándose de nuevo, se dirigió hacia la puerta por otro camino.

## II.

Un productor de cine puede actuar sin inteligencia creativa pero no sin tacto. En aquel momento el tacto absorbía a Jim Leonard, con exclusión de todo lo demás. Quizá el poder debería haberle permitido pasar la diplomacia a un segundo plano, dejándole actuar a su aire, pero en lugar de eso aumentó sus relaciones humanas: con los altos cargos, con los directores, guionistas, actores y técnicos asignados a su unidad, con los jefes de departamento, censores y, por fin, con los «hombres del Este». Pero mantener a raya a una solitaria chica inglesa, que no disponía de otras armas que el teléfono y una nota que le hizo llegar desde

recepción, no tendría que haber supuesto ningún problema.

*Pasaba por el estudio y me he acordado de usted y de nuestro paseo en coche. He recibido algunas ofertas pero sigo dándole largas a Joe Becker. Si cambio de hotel, le avisaré.*

Una ciudad llena de juventud y esperanza pronunciaba aquellas palabras, con sus dos mentiras transparentes y la valiente falsedad de su tono. A la chica no le importaban ni el dinero ni la gloria que protegían los muros inexpugnables. Pasaba por allí simplemente. Simplemente pasaba por allí.

Eso fue dos semanas después. A la semana siguiente, Joe Becker se dejó caer por su despacho.

—¿Te acuerdas de la chica inglesa, Pamela Knighton? ¿Qué te pareció?

—Muy agradable.

—No sé por qué no quiere que hable contigo —Joe miraba por la ventana—. Así que me

imagino que no lo pasasteis demasiado bien aquella noche.

—Claro que lo pasamos bien.

—La chica tiene novio, ¿sabes?, un inglés.

—Me lo contó —dijo Jim, molesto—. No intenté ligármela, si es lo que estás insinuando.

—No te preocupes, yo entiendo esas cosas. Sólo quería decirte algo sobre ella.

—¿No le interesa a nadie?

—Sólo lleva un mes aquí. De los comienzos nadie se libra. Sólo quería decirte que cuando entró en el Veintiuno aquel día todos los clientes acudieron como... como moscas. ¿Sabes?, inmediatamente se convirtió en el tema de conversación de todo el restaurante.

—Fantástico, ¿no? —dijo Jim secamente.

—Sí. Y LaMarr también estaba allí ese día. Fíjate: Pam estaba completamente sola, imagino que vestida a la inglesa, nada que llamara la atención: pieles de conejo. Pero brillaba como un diamante.

—No me digas.

—Mujeres duras derramaban lágrimas en su vichysoisse. Elsa

Maxwell...

—Joe, tengo que trabajar.

—¿Verás su prueba?

—Las pruebas se hacen para los maquilladores —dijo Jim, impaciente—. De las pruebas que salen bien no me fío. Y de las malas tampoco.

—Tú tienes tus ideas, ¿no?

—A ese respecto, sí. Se han cometido muchas equivocaciones en las salas de proyección.

—Y en los despachos también —dijo Joe poniéndose de pie.

Una semana después llegó otra nota.

*Ayer llamé por teléfono y una secretaria me dijo que había salido, y otra que estaba reunido. Si me está dando largas, dígamelo. No voy a rejuvenecer. Es evidente que tengo veintiún años, y parece que usted se ha cargado a todos los viejos.*

La cara de la chica se había difuminado. Jim recordaba las mejillas delicadas, los ojos ator-

mentados, como si los hubiera visto en una película hacía mucho tiempo. Sería fácil dictar un carta que hablara de un cambio de planes, de una futura prueba, de imprevistos que harían imposible...

No se sentía satisfecho, pero por lo menos había terminado con aquel asunto. Aquella noche, mientras se tomaba un bocadillo en un bar cercano a su casa, le pareció que su primer mes en el trabajo había sido satisfactorio. Le sobraba tacto. Su equipo funcionaba como la seda. Las sombras que decidían su destino no tardarían en apreciarlo.

Había pocos clientes en el bar. Pamela Knighton era la chica que leía el periódico. Lo miró, sorprendida, por encima del Illustrated londón News.

Recordando la carta que tenía en la mesa de su despacho a la espera de firma, Jim pensó hacer como que no la había visto. Dio media vuelta conteniendo la respiración, con el oído atento. Pero nada sucedió, aunque la chica lo

había visto, y, avergonzado de su cobardía típica de Hollywood, de nuevo dio media vuelta y la saludó levantando el sombrero.

—Se acuesta tarde, ¿no? —dijo.

Pamela dejó de leer inmediatamente.

—Vivo a la vuelta de la esquina —dijo—. Acabo de mudarme: le he escrito hoy.

—Yo también vivo cerca de aquí.

Ella dejó la revista en el anaquel de los periódicos. El tacto de Jim desapareció. Se sintió repentinamente viejo y agobiado, e hizo la pregunta equivocada.

—¿Cómo van las cosas?

—Ah, muy bien —dijo—. Trabajo en una comedia, una auténtica comedia en el teatro Nuevos Valores de Pasadena. Para ir cogiendo experiencia.

—Me parece muy sensato.

—Estrenamos dentro de dos semanas. Esperaba que viniera.

Salieron juntos y se detuvieron bajo el resplandor del luminoso rojo. En la otra acera de

la calle otoñal los vendedores de periódicos gritaban los resultados del fútbol.

—¿Hacia dónde va? —preguntó la chica.

«En dirección contraria a la tuya», pensó Jim, pero cuando ella le indicó hacia dónde iba, la acompañó. Hacía meses que no pisaba Sunset Boulevard, y la mención de Pasadena le recordó la primera vez que llegó a California, hacía diez años. Era el recuerdo de algo nuevo y fresco.

Pamela se detuvo ante unas casitas minúsculas en torno a un patio central.

—Buenas noches —dijo—. No se preocupe si no puede ayudarme. Joe me ha explicado cómo están las cosas, con la guerra y todo eso. Sé que a usted le gustaría ayudarme.

Jim asintió solemnemente, despreciándose a sí mismo.

—¿Está casado? —preguntó la chica.

—No.

—Entonces déme un beso de buenas noches —como Jim dudaba, añadió—: Me gusta que

me den un beso de buenas noches. Duermo mejor.

La abrazó tímidamente y se inclinó para acercarse a sus labios, apenas rozándolos... y pensó de pronto que ya no podría mandarle la carta que tenía sobre la mesa... y le gustó abrazarla.

—Ya ve que no es nada —dijo ella—, sólo como amigos. Para darnos las buenas noches.

Camino de la esquina Jim dijo en voz alta:

—Bueno, me condenaré.

Y siguió repitiéndose la siniestra profecía hasta después de haberse acostado.

### III.

Tres noches después del estreno de la obra de Pamela, Jim fue a Pasadena y sacó una entrada para la última fila. Entró en un teatro diminuto y fue el primero en llegar, prescindiendo de los acomodadores que revoloteaban por la sala y el parloteo que se mezclaba con los

martillazos entre bastidores. Pensó en emprender una discreta retirada, pero lo tranquilizó la llegada de un grupo de cinco personas, entre las que se encontraba el ayudante de Joe Becker. Las luces se apagaron; sonó un gong; para un público de seis personas comenzó la obra.

Jim observaba a Pamela; delante de él, los otros cinco espectadores juntaban sus cabezas y cuchicheaban después de cada escena en la que aparecía la chica. ¿Era buena? No le cabía la menor duda. Pero, entre tantas películas como se exhiben en medio mundo, el don natural del talento era una rareza. Existía alguna remota posibilidad, y suerte. Él era la suerte. Quizá fuera la suerte para esa chica, si confirmaba que lo que ella le hacía sentir por dentro era universal. Las estrellas ya no se creaban por el capricho de un hombre, como en los días del cine mudo, pero seguía habiendo aspirantes, pruebas, oportunidades. Cuando cayó el telón, con el aire doméstico de una persiana, fue a los bas-

tidores por el simple procedimiento de atravesar una puerta lateral. Ella lo estaba esperando.

—Hubiera preferido que no viniera esta noche —dijo—. Ha sido un fracaso. La noche del estreno hubo lleno, y estuve mirando a ver si lo veía.

—Ha estado usted muy bien —dijo Jim tímidamente.

—No, no. Tendría que haberme visto el otro día.

—He visto suficiente —dijo—. Le voy a dar un pequeño papel. ¿Puede venir al estudio mañana?

Observaba la expresión de Pamela. En su mirada, en la curva de los labios, brilló una pena repentina y abrumadora.

—Ay —dijo—. Lo siento muchísimo. Joe invitó a alguna gente y al día siguiente firmé un contrato con Bernie Wise.

—¿De verdad?

—Sabía que usted estaba interesado y al principio no me di cuenta de que usted sólo era

una especie de supervisor. Creí que tenía más poder... —se interrumpió antes de asegurarle con fastidio—: Usted me cae mejor. Es mucho más civilizado que Bernie Wise.

Sintió una punzada de dolor y contrariedad. Muy bien, por lo menos era civilizado.

—¿Puedo llevarla hasta Hollywood? —le preguntó.

Atravesaron una noche de octubre suave como si fuera de abril. Al cruzar un puente, Jim hizo un gesto señalándole las alambradas que coronaban el pretil, y Pamela asintió.

—Sé lo que es —dijo—. ¡Qué estupidez! Los ingleses no se suicidan si no consiguen lo que quieren.

—Lo sé. Se vienen a América.

Pamela se echó a reír y lo miró, como apreciando su valor. Sí, podría hacer con él lo que quisiera. Apoyó la mano en la mano de Jim.

—¿Hay beso esta noche? —sugirió Jim un rato después.

Pamela miró al chófer, aislado en su compartimento.

—Hay beso esta noche —dijo ella.

Al día siguiente viajó al Este en avión, en busca de jóvenes actrices que fueran exactamente igual que Pamela Knighton. Tenía tanto interés, que cualquier mirada que sugiriera melancolía, cualquier voz con claro acento inglés, lo predisponían. Parecía un intento desesperado encontrar a alguien exactamente igual que aquella chica. Entonces, cuando un telegrama reclamó que volviera urgentemente a Hollywood, se encontró con que Pamela caía en sus manos.

—Tienes una segunda oportunidad, Jim —dijo Joe Becker—. No la desaproveches.

—¿Qué ha pasado?

—No tenían un papel para ella. Aquello es un desastre. Así que rompimos el contrato.

Mike Harris, el jefe de los estudios, investigó el asunto. ¿Cómo un cineasta inteli-

gente como Bernie Wise quería prescindir de ella?

—Bernie dice que no sabe actuar —le informó Harris a Jim—. Y además crea problemas. Sigo pensando en Simone y en las dos chicas austríacas.

—La he visto actuar —insistió Jim—. Y tengo trabajo para ella. No pretendo darle nada importante todavía. Me gustaría probarla en un pequeño papel para que la vieras.

Una semana después Jim empujaba la puerta acolchada y entraba preocupado en el plato III. Los extras, en traje de noche, lo miraron en la penumbra; las pupilas se dilataban.

—¿Dónde está Bog Griffin?

—En ese camerino, con la señorita Knighton.

Estaban sentados en un sofá a la luz de una lámpara de tocador, y por el gesto de contrariedad de Pamela, Jim dedujo que el problema era serio.

—No pasa nada —insistía Bob, todo amabilidad—. Somos como una pareja de gatitos. ¿A que sí, Pam?

—Hueles a cebolla —dijo Pamela.  
Griffin volvió a intentarlo.

—Hay una manera inglesa de hacer las cosas y una manera americana. Estamos buscando un feliz término medio, eso es todo.

—Hay una manera correcta y una manera estúpida —resumió Pamela—. No quiero empezar pareciendo una imbécil.

—¿Te importa dejarnos solos, Bob? —dijo Jim.

—Claro. Todo el tiempo del mundo.

Jim no la había visto aquella agotadora semana de pruebas, pruebas de vestuario y ensayos, y ahora se daba cuenta de lo poco que sabía acerca de ella, y ella de ellos.

—Parece que estás de Bob hasta la coronilla —dijo.

—Quiere que diga cosas que no diría una persona en su sano juicio.

—De acuerdo, quizá sea así—asintió—. Pamela, ¿desde que estás trabajando aquí has exagerado alguna vez tu papel?

—Bueno... Todo el mundo lo hace alguna vez.

—Escucha, Pamela, Bob Griffin gana casi diez veces más que tú. Por una sencilla razón. No porque sea el director más brillante de Hollywood, que no lo es, sino porque jamás exagera su papel.

—Él no es actor —dijo, confundida.

—Me refiero a su papel en la vida real. Lo escogí para esta película porque de vez en cuando yo exagero mi papel. Pero Bob, no. Firmó un contrato por una suma desproporcionada, que no se merece, que nadie se merece. Pero cobra eso porque tener mano izquierda es la cuarta dimensión de este negocio y Bob ha aprendido a no pronunciar nunca la palabra «yo». Gente que le triplica en talento, productores, actores y directores, se van a pique porque no llegan nunca a aprender eso.

—Sé que me estás echando un sermón — dijo Pamela, insegura—. Pero creo que no te entiendo. Una actriz tiene su propia personalidad...

Jim asintió.

—Y nosotros le pagamos cinco veces lo que podría conseguir en cualquier otro sitio: con tal de que sea capaz de no estorbar al resto del equipo. Tú nos estás estorbando a todos, Pamela.

«Creí que eras mi amigo», dijeron los ojos de Pamela.

Le habló durante algunos minutos más. Todo lo que dijo lo decía de corazón, pero como había besado esos labios dos veces, supo que era ayuda y protección lo que esperaban de él. Todo lo que había conseguido era sorprenderla por no estar de su parte. Sintiéndose un poco desconcertado, y triste al verla sola, se asomó a la puerta del camerino y gritó:

—¡Eh, Bob!

Jim fue a resolver otros asuntos. Volvió a su despacho, donde Mike Harris lo estaba esperando.

—Esa chica vuelve a crear problemas.

—Acabo de estar allí.

—Me refiero a hace cinco minutos —gritó Harris—. Desde que te fuiste ha estado causando problemas. Bob Griffin ha tenido que suspender el rodaje por hoy. No podía más.

Bob entró.

—Hay gente con la que no parece haber manera de..., con la que no encuentras cómo...

Se produjo un momento de silencio. Mike Harris, disgustado por la situación, sospechó que Jim tenía un lío con la chica.

—Dadme de plazo hasta mañana por la mañana —dijo Jim—. Creo que puedo resolver el asunto.

Griffin titubeó pero vio en la mirada de Jim una petición personal, un ruego tras el que había diez años de relaciones.

—De acuerdo, Jim —dijo.

Cuando se fueron, Jim llamó a Pamela por teléfono. Sucedió lo que casi había esperado, pero el alma se le cayó a los pies cuando le contestó una voz de hombre.

#### IV.

A excepción de las enfermeras, una actriz es la presa más fácil para un hombre sin escrúpulos. Jim había aprendido que en el fondo de los problemas o fracasos de una actriz muchas veces existía un timador bien hablado pero indigno de confianza, que hacía valer su masculinidad por la vía del entrometimiento, las regañinas a medianoche y los malos consejos. La técnica del individuo consistía en empequeñecer el trabajo de la mujer y en poner en cuestión incesantemente las razones y la inteligencia de las personas para quienes ella trabajaba.

Cuando Jim llegó al hotel de Beverly Hills al que Pamela se había mudado, eran más de las seis. En el patio, una fuente fresca salpicaba

agua estúpidamente entre la niebla de diciembre, y Jim oyó la fuerte voz del mayor Bowes que sonaba en tres radios distintas.

Cuando se abrió la puerta del apartamento, Jim se quedó asombrado. El hombre era viejo: un inglés encorvado y mustio, con la cara colorada, un color invernal que se iba apagando. Iba en bata —una bata vieja— y zapatillas, e invitó a Jim a sentarse con aire de estar en su casa. Pamela llegaría enseguida.

—¿Es usted familia? —preguntó Jim, perplejo.

—No. Pamela y yo nos hemos conocido aquí, en Hollywood, extranjeros en tierra extraña. ¿Trabaja usted en el cine, señor..., señor...?

—Leonard —dijo Jim—. Sí, actualmente soy el jefe de Pamela.

La mirada del hombre cambió: los ojos lagrimosos se aguzaron, los párpados viejos se endurecieron al entornarse. La boca se curvó hacia abajo, se tensó: Jim contemplaba una expresión de absoluta perversidad. Inmediata-

mente, las facciones volvieron a suavizarse, a ser los rasgos de un anciano.

—Espero que traten a Pamela como se merece.

—¿Usted ha trabajado en el cine? —preguntó Jim.

—Hasta que me falló la salud. Pero sigo en la lista de actores de los estudios y conozco perfectamente el mundo del cine y el alma de sus dueños y...

Calló de repente. La puerta se abrió y entró Pamela.

—Vaya, hola —dijo, sorprendida—. ¿Se conocen? El honorable Chauncey Ward... El señor Leonard.

Su radiante belleza, que apareció como arrebatada al clima y al viento, le cortó la respiración a Jim unos segundos.

—Pensaba que ya me habías recordado mis pecados esta tarde —dijo Pamela, con cierto tono de desafío.

—Quería hablar contigo fuera de los estudios.

—No aceptes que te bajen el salario —dijo el viejo—. Es un truco muy viejo.

—No es eso, señor Ward —dijo Pamela—. El señor Leonard ha sido amigo mío hasta ahora. Pero hoy el director pretendía que yo hiciera el ridículo y el señor Leonard lo ha apoyado.

—Están todos de acuerdo —dijo el señor Ward.

—Me pregunto si... —empezó a decir Jim—. ¿Podríamos hablar a solas?

—El señor Ward es de confianza —dijo Pamela, frunciendo el ceño—. Lleva aquí veinticinco años y se puede decir que es mi representante.

Jim se preguntó de qué profunda soledad habría surgido aquella relación.

—Me han dicho que ha vuelto a haber problemas en el plato —dijo.

—¡Problemas! —Pamela abrió mucho los ojos—. El ayudante de Griffin me insultó y yo

lo oí. Y me fui. Y si Griffin me manda disculpas contigo, no las acepto. A partir de ahora nuestra relación será estrictamente profesional.

—Griffin no te pide disculpas —dijo Jim, incómodo—. Te da un ultimátum.

—¡Un ultimátum! —exclamó Pamela—. Tengo un contrato, y tú eres su jefe, ¿no?

—Hasta cierto punto —dijo Jim—; pero está claro que las películas se hacen en equipo y...

—Déjame entonces que pruebe con otro director. —Lucha por tus derechos —dijo el señor Ward—. Es lo único que les impresiona.

—Se ha empeñado usted en destruir a esta chica —dijo Jim sin levantar la voz.

—No nos asusta —gritó Ward—. Conozco bien a la gente como usted.

Jim volvió a mirar a Pamela. No podía hacer nada. Si estuvieran enamorados y le pareciera aquel momento la ocasión de avivar la chispa de pasión que compartían, habría podido influir sobre ella. Pero era demasiado tarde. Era como si sintiera que, fuera de aquellas cuatro

paredes, los rápidos engranajes de la industria giraban en la oscuridad de Hollywood. Sabía que, cuando el estudio abriera a la mañana siguiente, Mike Harris tendría nuevos proyectos en los que Pamela no figuraba.

Titubeó unos minutos más. Era un hombre apreciado, joven todavía, respetado por todos. Podría responsabilizarse de aquella chica, ponerle un profesor de arte dramático. Le dolía verla cometer semejante error. Y, por otra parte, temía que ciertas personas le hubieran aguantado demasiadas cosas, echándola a perder para una carrera como la que había elegido.

—Hollywood no es un lugar demasiado civilizado —dijo Pamela.

—Es una jungla —ratificó el señor Ward—. Es un nido de alimañas al acecho.

Jim se levantó.

—Bueno, uno que se va a acechar a otra parte —dijo—. Pam, lo siento mucho. Si piensas así, creo que lo más sensato sería que volvieras a Inglaterra y te casaras.

Hubo un destello de duda en los ojos de Pamela. Pero la confianza en sí misma y la egolatría juvenil pesaban más que la razón: no se daba cuenta de que en aquel preciso momento se le presentaba una oportunidad que iba a perder para siempre.

Porque ya la había perdido cuando Jim dio media vuelta y se fue. Aquello sucedió semanas antes de que llegara a darse cuenta de lo que había pasado. Recibió el salario de varios meses —Jim se preocupó de que así fuera—, pero no volvió a pisar aquel plato. Ni ningún otro. Sin mediar palabra, había sido incluida en la lista negra que no está escrita en ningún papel pero que funciona durante las partidas de backgammon que siguen a la cena o camino de las carreras de caballos. Hombres influyentes la miraban con interés, se fijaban en ella en algún restaurante, pero todas las averiguaciones que hacían terminaban en el mismo punto muerto.

Resistió durante meses: incluso mucho después de que Becker se desinteresara de sus

asuntos y ella desapareciera de esos lugares a los que la gente va para que la vean. Y ni el dolor ni el desaliento la mataron: murió en junio de muerte natural.

## V.

Cuando Jim se enteró no podía creerlo. Supo por casualidad que estaba en el hospital con neumonía, llamó por teléfono y le dijeron que había muerto. Sybil Higgins, actriz, inglesa, de veintiún años.

Había dado el nombre del viejo Ward como la persona que debía ser informada y Jim le mandó dinero para cubrir los gastos del entierro, con el pretexto de algún salario retrasado. Temiendo que Ward sospechara la procedencia del dinero, no fue al funeral, pero visitó la tumba una semana después.

Era un espléndido e interminable día de junio, y se quedó una hora. La ciudad estaba llena de jóvenes que se contentaban con respirar y

ser felices y era un sinsentido que la chica inglesa no estuviera entre ellos. Seguía dándoles vueltas y vueltas a las cosas, en busca de algo que hubiera podido salvarla, pero era demasiado tarde. Aquella escarcha rosa y plata se había disuelto. Dijo adiós en voz alta y prometió volver.

En el estudio reservó una sala de proyección y pidió las pruebas que Pamela había hecho y los metros de película que le había dado tiempo de rodar. Se acomodó en la oscuridad en un sillón de piel y apretó el botón para que empezara.

En la prueba Pamela vestía el traje de noche que llevaba en el baile donde la conoció. Parecía muy feliz, y Jim se alegró de que por lo menos hubiera gozado de aquella felicidad. Llegaron las imágenes de la película, entrecortadas, con la voz de Bob Griffin al fondo y las claquetas que señalaban el número de cada secuencia. Entonces llegó la última toma y Jim se sobresal-

tó: Pamela dejaba de mirar a la cámara y murmuraba:

—Preferiría morirme antes que hacer eso.

Jim se levantó y volvió a su despacho, y buscó y leyó una vez más las tres notas que ella le había mandado.

...Pasaba por el estudio y me he acordado de usted y de nuestro paseo en coche.

Pasaba por el estudio. En primavera lo había llamado dos veces por teléfono, lo sabía, y le hubiera gustado verla. Pero no podía ayudarla, y le hubiera dolido decírselo.

«No soy muy valiente», se dijo Jim. Incluso en aquel momento tenía metido el miedo en el corazón, miedo de que aquello acabara obsesionándolo, poseyéndolo, como aquel recuerdo de la juventud. No quería ser desdichado.

Y unos días después se quedó trabajando hasta muy tarde en la sala de doblaje, y luego fue a tomar un bocadillo al bar que había cerca de su casa. Era una noche de calor y había muchos jóvenes bebiendo refrescos. Estaba pagan-

do cuando vio a alguien en la estantería de los periódicos, que lo miraba por encima de una revista abierta. Se detuvo. No quería volverse a mirar, para llevarse la desilusión de un simple parecido. Pero tampoco quería irse.

Oyó cómo pasaban una página, y vio por el rabillo del ojo la portada de la revista, *The Illustrated London News*.

No sintió miedo: pensaba con demasiada rapidez, con demasiada desesperación: si aquello fuera real y pudiera asirse a ella para recuperarla, y volver a empezar desde aquel mismo instante, desde aquella noche.

—Aquí tiene la vuelta, señor Leonard.

—Gracias.

Sin atreverse a mirar, se dirigió a la puerta y entonces la revista se cerró, y la dejaron en la estantería, y oyó la respiración de alguien a su lado, muy cerca. Los vendedores de periódicos voceaban un número extra en la acera de enfrente, y entonces tomó la dirección contraria a su casa, el camino de ella, y oyó cómo ella lo

seguía: las pisadas eran tan claras que aminoró el paso con la sensación de que a ella le costaba seguirlo.

Frente al patio de los apartamentos la abrazó para sentir más cerca su radiante belleza.

—Dame un beso de buenas noches —dijo ella—. Me gusta que me den un beso de buenas noches. Duermo mejor.

«Duerme entonces», pensó mientras daba la vuelta y se alejaba. «Duerme. Fue imposible: cuando me encontré con tu belleza, no quise malgastarla, pero la malgasté, no sé cómo. Duerme. Es lo único que te queda.»